

América Latina, Elecciones Presidenciales 2005-2006 Y Estados Unidos: Notas Para El Análisis.

MSC. CARLOS OLIVA CAMPOS.

Durante los años 2005 y 2006, América Latina vivió una avalancha de procesos electorales. Si bien esto es un signo positivo en términos de esfuerzos por respetar la institucionalidad democrática, al margen de los otros muchos problemas que aquejan a los sistemas políticos de la región, se puede afirmar que los analistas prestaron una atención adicional a tan importantes acontecimientos, por el conjunto de cambios socio-políticos que dieron origen a muchos de estos resultados electorales; así como sus consecuencias, en términos de reconfiguración de nuevas fuerzas políticas, a nivel nacional y regional, el nuevo mapa político-ideológico que se ha dibujado, e incluso, los factores que hoy condicionan buena parte de las políticas actuales de Estados Unidos hacia América Latina ¹(1) Las razones para ello son conocidas, a partir de 2002, con el ascenso al poder en Brasil de Luis Inacio Lula Da Silva –pasando a acompañar al hasta entonces solitario Hugo Chávez en Venezuela-, van triunfando en las urnas otros líderes políticos –Néstor Kirchner en Argentina, Tabaré Vázquez en Uruguay-, que pasan a expresar la emergencia de un nuevo liderazgo considerado por muchos analistas –al menos en el inicio de sus gobiernos-, a la izquierda del espectro político regional; lo que generó todo un pensamiento sobre la magnitud de los cambios y las nuevas opciones de las fuerzas políticas de ese signo.

Chávez es un militar que asumió la decisión de derrocar al gobierno de Carlos Andrés Pérez en 1992, por la vía de las armas y seis años después fue electo Presidente en las urnas, por una mayoría notable, que ha aumentado en número y organización, apoyándolo durante 11 diferentes procesos electorales y referendos; además del impresionante despliegue de apoyo popular que recibió en la coyuntura de

¹ Considerando los objetivos perseguidos con el abordaje del tema, se hace una abstracción consciente de los procesos electorales que han tenido lugar en el período de análisis en la región del Caribe; a saber, Haití- Presidenciales y Santa Lucía y Trinidad y Tobago a nivel legislativo.

intento de golpe de estado para derrocarlo, de abril de 2002. En estos años de gobierno, ha demostrado una notable capacidad de comunicación con sus seguidores, en particular con la gran masa de “olvidados” que habitan ese país, que significaba al momento de su ascenso al poder el 66,7% de la población (1) El eje central de su pensamiento político es el ideario del Libertador Simón Bolívar, lo que le ha permitido, muy a pesar de sus enemigos y detractores políticos, en armonía con su formación de militar criollo, nacionalista, vertebrar un pensamiento anti-imperialista, latinoamericanista e integracionista; asumiendo en la lucha contra el ALCA y por la construcción, ampliación y consolidación del ALBA, un espacio protagónico a nivel regional.

Lula es el primer dirigente sindical que asume la Presidencia de Brasil. Líder del Partido de los Trabajadores (PT), desde su fundación en la década del 80 del siglo pasado, se postuló para la Presidencia de Brasil en tres ocasiones antes de obtener el triunfo electoral en las elecciones de octubre de 2001, iniciando su primer mandato en enero del siguiente año. Siendo el gran aglutinador de la izquierda “moderna”, brasileña, a Lula se le reconoce, entre otros méritos, el haber auspiciado la idea de crear el Foro de Sao Paulo, nombre con que se identificó esa instancia que facilitó los encuentros e intercambios políticos de la izquierda latinoamericana después de la caída del “Muro de Berlín” ²(2) Finalmente, Lula logró su victoria electoral en el 2001, después de haber realizado negociaciones y alianzas con otros sectores políticos, de dentro y fuera de la izquierda brasileña, llevando incluso como Vice-Presidente a un magnate de la industria textil, José Alencar. Este factor, implicó para Lula y su equipo de colaboradores más cercanos, la necesidad de armonizar las expectativas de sus seguidores “petistas”, con las imprescindibles buenas relaciones que debía articular con la élite de poder tradicional. Si mencionamos el escándalo por corrupción dentro del PT, con enormes implicaciones políticas que llevaron a especular sobre un posible

² (2) Véase: Julia Buxton, “Política económica y ascenso de Hugo Chávez al poder”, En: La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto, Consejo de Investigación de la Universidad de Oriente, Ediciones Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela, Primera Edición 2003, pp.146-155.

“impeachment” del Presidente; y los perfiles con que se delinearon las relaciones de Brasil con Estados Unidos, tenemos tres de las más importantes características que han definido al gobierno de Lula. Considerando las implicaciones internacionales del último de los temas mencionados, véase la reflexión del periodista brasileño Luis Eduardo Linz acerca de las relaciones brasileño-estadounidenses y el énfasis que hace en el papel de sus líderes:

“Bush y Lula parecen haber desarrollado una simpatía recíproca, lo cual -en estos tiempos donde la diplomacia presidencial es importante- es fundamental para el éxito. Algunos testigos de los encuentros entre ambos afirman que, a pesar de sus posiciones políticas casi antagónicas y sus trayectorias tan distintas, muy pronto encontraron puntos en común sobre los cuales basaron un lazo de sólida confianza mutua: el reconocimiento de la importancia de la familia, de la religión y de la acción comunitaria para la vida personal, la preocupación por los efectos del narcotráfico en la sociedad y, sobre todo, la disposición para enfrentar problemas con espíritu práctico y sentido común”.

Lins selló ésta parte de su análisis, aseverando que el Canciller brasileño Celso Amorín, en declaraciones al Financial Times. El 5 de noviembre de 2004, calificó las relaciones bilaterales entre Brasil y Estados Unidos, de “respeto y solidaridad”; complementando Lins, “que Washington minimiza los ocasionales raptos retóricos o simbólicos de Lula y otros dirigentes brasileños, remanentes de su pasado izquierdista, y Brasilia, en relación con América Latina, tiene cuidado de no causar conflictos con la estrategia estadounidense dirigida a los demás países del subcontinente.” (3)

Néstor Kirchner, Gobernador de la provincia de Santa Cruz, al momento de postularse a la Presidencia de su país en las elecciones de 2002-2003, es considerado un exponente de la izquierda peronista de los años setenta del pasado siglo. Siendo una figura política secundaria, emergió triunfador en las urnas, en el “ballotage”, beneficiado por el lema de “todos contra Menen”; debido a que en la primera vuelta el ex Presidente y artífice del neoliberalismo y sus desastrosas consecuencias para el país, había alcanzado la mayor cantidad de votos, 24,4% por 22,2% de Kirchner, su más cercano rival. A diferencia de Lula, Kirchner tuvo que asumir un país sumido en el caos generalizado, resultando un balón de oxígeno para un sistema político que no

afrontó una crisis definitiva gracias a las características de los estallidos sociales ocurridos, que no llegaron a alcanzar esa dimensión anti-sistémica que sí se capitalizó en Venezuela. Siguiendo la línea de pensamiento de Carlos Vilas, el problema estuvo “en la capacidad del viejo sistema político de procesar la crisis y reorientar y neutralizar la protesta masiva cuando el cuestionamiento social no alcanza una expresión política propia y no muestra capacidad de avanzar desde el rechazo –momento inicial imprescindible de cualquier búsqueda de una alternativa- hasta la formulación de propuestas viables.” (4)

Tabaré Vázquez, un médico de exitoso desempeño político al frente de la Intendencia de Montevideo, también tuvo que enfrentar, como Lula, varias derrotas electorales, hasta la conformación de una triunfante coalición de muy diversas organizaciones. Al Frente Amplio, fundado por el General Líber Seregni en 1971, se sumaron el Encuentro Progresista y Nuevo Espacio; además de organizaciones del mundo sindical –PIT/CNT-, la Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay (FEUU); y diversas organizaciones empresariales, de jubilados, sociales y barriales. Tabaré fue el candidato del Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría, alcanzando la victoria en la primera vuelta y logrando la mayoría absoluta en el Parlamento.

Sin embargo, el caso de Uruguay no deja de resultar ambiguo desde no pocos puntos de vista. Esta calificación se ve alimentada al establecer correlaciones entre discurso y realidad en temas tan sensibles como las relaciones con Cuba; la profundización o no de los vínculos comerciales con Estados Unidos –vía TLC, o alguna otra negociación post visita del Presidente Bush; o el declarar que la vía diplomática sigue siendo la más adecuada para solucionar el diferendo con Argentina, por las plantas productoras de celulosa, en un espacio de la frontera común. Tabaré ha declarado que su gobierno es popular, democrático, anti-oligárquico y anti-imperialista; y también, en vísperas de la visita del Presidente Bush –marzo de 2007-, declaró que con Estados Unidos existen diferencias, no rivalidades. Lo cierto es que para avanzar hacia una mejor comprensión de lo que está ocurriendo en Uruguay, se puede revalidar una aseveración que Raúl Zibechi formuló hace ya algún tiempo: “...la sensación térmica es que las fuertes

diferencias internas se van resolviendo a favor de los sectores más pragmáticos, alineados con el continuismo económico.” (5)

El hecho de que el triunfo de éstas fuerzas políticas emergentes tuviera lugar por el voto popular, en las urnas, todas ellas expresión de cambios desde su diversidad, resultó muy significativo. Ya no sólo fue el ascenso al poder, por vías democráticas, de nuevas experiencias políticas desde el espectro de la izquierda; sino que representaban un nuevo “estado de cosas” en el panorama político de sus respectivos países, y se trataba de países importantes dentro de la geografía política regional. Por otra parte, fue expresión de la “crisis de representatividad” de los partidos políticos tradicionales de la derecha, en momentos en que también muchos partidos de la izquierda habían perdido la comunicación con sus bases sociales; que pasaron a canalizar sus demandas a través de las nuevas fuerzas políticas o por la vía de diversos movimientos populares, como los “piqueteros” argentinos o los “forajidos” del Ecuador.

El movimiento “piquetero” argentino resume un universo heterogéneo de trabajadores, que se incluyen por razones comunes como el desempleo, la marginalidad, la pobreza extrema; y sobre todo, la pérdida total de credibilidad en ese modelo neoliberal que les ha quitado lo poco que tenían, dejándolos sin la menor opción. Es una reacción desesperada de supervivencia, que se proyecta en dos sentidos fundamentales, un replanteamiento del individuo como ser social, pasando a organizarse de diferentes formas, para defender sus derechos arrebatados; y una revaloración del ámbito en que vive, su localidad, el barrio. De ahí la fuerza que alcanzan las asambleas barriales y cómo se organizan para la ocupación de fábricas y diversos comercios y entidades productivas y de servicios, abandonadas por sus antiguos dueños debido a la crisis generalizada. Muchas de esas entidades han sido rescatadas con éxito y están hoy enfrentando procesos judiciales planteados por sus antiguos dueños, que han regresado ante la recuperación económica del país. (6)

A más de 5 años de los grandes estallidos sociales en Argentina, el movimiento piquetero podría describirse en tres segmentos principales, uno independiente del gobierno, manteniendo sus actividades y reclamos; otro “oficialista”, vinculado al peronismo en el gobierno –kirchnerismo-; y otro más difuso, también altamente manipulable, que resume las posiciones más extremas, anti-sistemas, anti-partidos, etc.

, que protagonizan los actos más violentos y lamentablemente, sirven para alimentar las críticas de los medios masivos y la oposición al gobierno, sobre los otros segmentos mencionados.

Por su parte los Forajidos, fueron una expresión muy particular de la crisis política ecuatoriana. Denominados así por el entonces Presidente Lucio Gutiérrez, se conformaron a partir de sectores estudiantiles y de la “clase media”, sin una estructuración política ni una dirección determinada; siendo en realidad una reacción espontánea, contundente y decisiva para expulsar del país a Gutiérrez, pero efímera y sin una trascendencia política. Son sectores que se proyectan dentro del complejo escenario político ecuatoriano, pero sin una expresión corporativa. Por supuesto, no se les puede negar el mérito alcanzado en la coyuntura referenciada, siendo capaces de reaccionar en medio de la inercia y la confusión de otros. (7)

En este tema de los movimientos populares hay que abrir un espacio aparte para los movimientos indígenas, que han enfrentado experiencias nacionales muy diversas, con al menos tres casos muy significativos. En México, con el Ejército –después se denominaría Frente- Zapatista de Liberación Nacional y sus tácticas de lucha “armada-no armada” y desde la resistencia y no desde el poder, teniendo como base social los depauperados pueblos indígenas del sudeste del país. En el caso de Ecuador, que desafortunadamente recoge la experiencia negativa de grandes organizaciones indígenas como la CONAIE y Pachakutik, que aceptaron participar en el gobierno de Lucio Gutiérrez, con resultados desastrosos, de los cuales aún hoy no se han recuperado totalmente. El tercer ejemplo es Bolivia, país que por primera vez en su historia -a pesar del por ciento que ocupa dentro de la población-, tiene en Evo Morales a su primer Presidente indígena, tratando de llevar adelante un proceso de transformaciones medulares para una sociedad “post-colonial”, que sólo varió y modernizó las formas de explotación y segregación del indígena de los tiempos coloniales y que enfrenta colosales desafíos que pasan por una profunda reconfiguración de sus patrones y conductas socio-políticas, la refundación del estado nacional y un replanteamiento radical de su relaciones internacionales, empezando por Estados Unidos.

Tras colocar esas reflexiones generales, iniciales, con la intención expresa de censar algunas ideas sobre un debate de dimensión regional y aún no concluido, se despliega como hipótesis de trabajo, que los procesos electorales ocurridos entre el 2005 y el año 2006, demostraron con mayor claridad la correlación de fuerzas que venía revelando el nuevo mapa político-ideológico regional; donde se ha producido un corrimiento tanto de fuerzas de derecha como de izquierda, hacia posiciones más “moderadas”; mientras que se van identificando con los postulados del proyecto ALBA, aquellos procesos políticos, que por su trayectoria van asumiendo determinados cambios políticos y transformaciones sociales, que los llevan a romper con la institucionalidad anteriormente establecida.

-Algunos rasgos generales del nuevo liderazgo político regional.

Mucho se ha escrito sobre los años 80's, la llamada “década perdida” de América Latina, con sus catastróficos indicadores socio-económicos, recibiendo como alternativa un despiadado neoliberalismo que acabó de descapitalizar y desnacionalizar nuestras economías (8) Este desalentador panorama, que no olvidemos se desarrolló en medio de la transición internacional de la Guerra a la Pos Guerra Fría –cuyo eje articulador fue la caída de la URSS y los países socialistas este-europeos-, se desplegó en los marcos de un escenario hemisférico en nada favorable a las alternativas de algunas “izquierdas” latinoamericanas en franca crisis existencial y la reafirmación del poder de las oligarquías tradicionales, estrechas aliadas de Estados Unidos. Por eso no puede dejar de prestarse atención al llamado “Caracazo” de 1989 y mucho menos al intento de golpe militar del coronel Hugo Chávez en 1992. Se pudiera afirmar, trazando una parábola entre la historia pre-revolucionaria de Cuba y los acontecimientos referenciados, que ambos hechos fueron importantes “aldabonazos” para lo que sobrevendría con posterioridad, en Venezuela, pero con un innegable impacto sobre toda la región.

Igualmente y con toda justeza, se debe resaltar la emergencia de un amplio, diverso y generalizado universo de movimientos sociales, que en buena medida generaron un replanteamiento de la matriz societal latinoamericana, en tanto verticalizan, sectorialmente, la defensa de sus propias identidades, reivindicaciones históricas y demandas, en programas de acción muy concretos, que trascendieron primero su

propio ámbito, pasando de lo local a lo nacional y de ahí al ámbito regional, mediante redes, alianzas y foros internacionales para intercambiar experiencias similares de lucha y debatir alternativas sociales y políticas. De ese universo social destacan los movimientos étnicos –principalmente indígenas- campesinos, medioambientalistas, desempleados, religiosos, homosexuales y sindicalistas, entre muchos otros. Este nuevo universo social ha levantado con denodada fuerza las banderas de lucha contra la globalización neoliberal y en el caso de nuestro hemisferio, contra el neoliberalismo y el ALCA.

Es indudable, que ese universo social emergente, se presentó muy crítico y desconocedor, en primer lugar del poder tradicional detentado en la región por la oligarquía de siempre, hoy neoliberal, subordinada al capital transnacional y los nuevos intereses estratégicos definidos principalmente por Estados Unidos. Pero, en correspondencia con esto, fue igualmente crítico del sistema de partidos políticos tradicionales, de derecha e izquierda, los cuales dejaron de ser sus referentes electorales y los canalizadores idóneos de sus demandas económicas, sociales y políticas. Eso explica que se repitieran en Ecuador, Bolivia y Argentina, al iniciarse el siglo XXI, diferentes procesos socio-políticos cuyo final fue la caída de presidentes y gobiernos y el acceso al poder de fuerzas políticas, que hasta entonces no habían saboreado la victoria electoral.

Ese universo social emergente, ha quedado bien delimitado en relación con el crucial tema de pasar de oposición a gobierno, determinándose dos grandes grupos de actores: los que se mantuvieron en el ámbito de la resistencia al poder tradicional, por limitaciones propias en sentido general, y aquellos que sí avanzaron hasta la constitución de un nuevo gobierno. A estos últimos vamos a dedicar algunas reflexiones, desde dos dimensiones, la del gobierno y la del poder, apreciando posteriormente como se diferencian e identifican las diversas variables a describir.

La dimensión gobierno es muy interesante, entendiéndola en la relación transicional de variable oposición política que pasa a ser variable gobierno. Para cumplir con los objetivos del análisis que iniciamos, centremos la atención en las definiciones asumidas por los nuevos gobiernos frente a las élites de poder tradicional de sus respectivos países, en sus diferentes tipificaciones. Así podríamos mencionar un primer segmento

formado por coaliciones políticas que triunfan electoralmente ante las fuerzas políticas tradicionales, pero que no se proponen cambiar el status quo existente. Siendo fuerzas políticas que no han alcanzado gobiernos con anterioridad, optan por negociar y trabajar por maximizar los espacios de aceptación de esa élite de poder tradicional; lo cual se aprecia con sus características, en los casos de Brasil y Uruguay.

Un segundo segmento sería trazado a partir de aquellos nuevos gobiernos cuyos candidatos triunfantes no son ajenos a la élite de poder pero, no eran los inicialmente identificados para ello. Pertenecientes a partidos políticos “incluidos”, emergieron coyunturalmente debido a un conjunto de factores domésticos – tales son los casos de Michele Bachelé en Chile, Néstor Kirchner en Argentina, Oscar Arias en Costa Rica y Alan García en Perú. A diferencia del segundo segmento mencionado, el tercero se articula a partir de al menos dos razones esenciales y no sólo para la élite de poder, sino para Estados Unidos, como el máximo poder hemisférico – México, con Felipe Calderón y Colombia con Alvaro Uribe-; la primera, ser gobiernos de países con una muy clara importancia estratégica para Washington; la segunda, son miembros “aprobados” y apoyados por esa élite de poder.

Por supuesto que lo apretado de ésta síntesis, elude – además de remitir a la búsqueda de informaciones adicionales- toda una serie de acontecimientos conocidos, como el apoyo coyuntural y condicionado de la izquierda chilena a Bachelé; el apoyo de la derecha peruana a Alan García, ante el temor de un triunfo electoral de Ollanta Humala; la elección de Oscar Arias, flamante “Premio Nobel de la Paz”, para salvar la credibilidad en el Ejecutivo costarricense, el “modelo” de la democracia centroamericana, tras los sucesivos encarcelamientos de Presidentes; y el fraude electoral que benefició a Calderón, a expensas del candidato de las izquierdas mexicanas, Andrés Manuel López Obrador.

El cuarto y último segmento, define sus diferencias y su gran complejidad en relación con los anteriores, debido a su condición de gobiernos impulsores de transformaciones que conllevan a rupturas de la institucionalidad impuesta por ese poder tradicional; sin desconocer las características particulares de cada uno de ellos. De entrada, es muy importante delimitar que los unen determinados criterios políticos, no parten de una receta única. En los casos de Venezuela –Chávez-, Bolivia –Evo Morales- y Ecuador -

Rafael Correa-, no son líderes ni miembros de partidos políticos tradicionales. Incluso su arribo a la política está más vinculado, en sentido general, con la coyuntura política de sus países y no con una carrera política preparada. Estamos hablando de un ex militar, de un líder indígena y de un profesor universitario y lideran movimientos políticos diversos que capitalizan las demandas de la población; siendo sus triunfos –tal vez con la excepción de Chávez-, inesperados. Pero está el caso de Daniel Ortega en Nicaragua, que se diferencia por la concertación de fuerzas políticas que lo llevan a alcanzar el gobierno, entre las que se cuentan fuerzas de la derecha; lo cual, analizado desde los compromisos asumidos con estas por el sandinismo, la extrema vulnerabilidad económica del país, las diferentes tendencias dentro de la izquierda nicaragüense, y la estrecha vigilancia que mantiene Estados Unidos sobre el país, para impedir una repetición de la historia anterior, nos llevan a abrir un compás de espera, a sabiendas de los presupuestos políticos que mueven a Ortega, viejo aliado de Cuba y Venezuela y entusiasta defensor del ALBA.

Interpretar la existencia de cada uno de estos segmentos a partir de la dicotomía ALCA-ALBA, no sería suficientemente acertado. El ALCA ha sido muy criticado y como se sabe, y veremos posteriormente, ha debido ser replanteado por sus gestores, dada la oposición de Venezuela y el MERCOSUR. Por otra parte, los países miembros o cercanos al ALBA, como Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Ecuador, encuentran aliados tácticos en Brasil, Argentina y Uruguay, porque no pueden desentenderse de los importantes proyectos que se llevan adelante desde el ALBA. El pragmatismo ha predominado, debido a los grandes intereses nacionales en juego. La propia oligarquía colombiana ejemplifica ésta percepción. De ahí que la real dicotomía sea neo-liberalismo o anti-neoliberalismo, lo que nos lleva a abordar la segunda dimensión anunciada.

Para ello vamos a partir de una verdad, que no deja de ser de Perogrullo, pero que es muy necesario colocarla en el análisis. Alcanzar el gobierno no es alcanzar el poder; y ya lo vimos en las reflexiones anteriores. A diferencia de los restantes segmentos tipificados, el cuarto tuvo como una importante característica común – para los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador-, la convocatoria a nuevas Asambleas Constituyentes. Porque había que comenzar por la depuración de todas aquellas fuerzas políticas que

podían obstaculizar la nueva legislación que debía implementarse y así iniciar el proceso de transformaciones económicas, políticas y sociales, correspondientes con sus respectivos programas electorales. Una nueva Asamblea Constituyente demanda a su vez una nueva carta magna; pero ese ya es un proyecto que requiere de una consolidación del proceso político encabezado por el nuevo gobierno, dadas las implicaciones que conlleva para toda la sociedad. Quiere esto decir, que el proyecto en sí de elaborar una nueva constitución, implica ya un paso decisivo para la construcción del nuevo poder. De ahí la férrea oposición que enfrentan tanto Evo como Correa para lograrlo.

Otra característica generalizada ha sido la revalorización del papel del estado, como mecanismo principal para ejercer el poder. El neoliberalismo se encargó conscientemente de minimizar y dismantelar lo más posible el papel del estado, para abrir totalmente al exterior las economías y los mercados, quedando el poder real en manos de las grandes empresas transnacionales; que mantuvieron un remanente del estado, para proteger sus intereses. Por tanto, ese estado revalorizado por estos nuevos gobiernos, que rescata presupuestos históricos como la defensa de la soberanía e independencia nacional y los recursos naturales de la nación entra, de inmediato, en confrontación con el orden neoliberal establecido. Pero, por supuesto que no resulta nada fácil sustituir sin confrontación – que es lo que está ocurriendo en la práctica-, un “estado neoliberal” por otro tipo de estado con otras cuotas de poder real.

Un tercer factor a mencionar, es la relación decisiva que debe existir entre ese nuevo gobierno y sus bases sociales. Más allá del apoyo en las encuestas hay acontecimientos que marcan la profundidad y el arraigo popular de un determinado proceso político. El pueblo fue decisivo para frustrar el intento de golpe de estado en abril del 2002 en Venezuela. Las grandes masas indígenas continúan demostrando su apoyo mayoritario a Evo Morales en Bolivia, siendo un importante “muro de contención” contra la oligarquía nativa. Para Correa y Ortega lograr articular y consolidar una base social definida, que los acompañen en la aplicación de sus respectivos programas de gobierno, se convierte en un elemento crucial para su gestión ejecutiva.

Como características generales, muy importantes de estos gobiernos, se pueden mencionar la profundización de la democracia popular- participativa; la nacionalización

de recursos estratégicos básicos como el gas y el petróleo, siempre bajo negociación con sus dueños transnacionales; la expropiación gradual y compensada de determinados sectores productivos y tierras no explotadas por sus dueños, para entregarlas a productores y campesinos; el rescate de las articulaciones entre las políticas internas y externas del gobierno, para restablecer la institucionalidad del sistema y garantizar estrategias internacionales viables; y la aceleración de importantes programas de desarrollo humano en áreas de salud, educación, cultura y deportes.

A diferencia de este camino anti-neoliberal, seguido y proclamado por contados países, la tónica para muchos nuevos gobiernos en la región ha sido el trabajar en la construcción de escenarios “pos” neo-liberales, sin desmontar los efectos reales del neo-liberalismo en sus sociedades. Eso ha implicado, en primer lugar, que no se han producido rupturas con el orden institucional precedente. En segundo lugar, hay una recuperación del papel del estado, pero para rescatar el conjunto de las instituciones y así poder elaborar estrategias para manejar el tema de las privatizaciones, la recuperación económica nacional, según el caso; las políticas sociales anti-crisis y las relaciones internacionales del país. Eso ha implicado, el lanzamiento de programas sociales compensatorios al estilo de “Fome cero” en Brasil, o las compensaciones a segmentos de pensionados y desempleados en Argentina. Otra característica ha sido el empleo y manejo de temas políticos de probado consenso nacional, como la defensa de los derechos humanos y los procesos para llevar a juicio a los genocidas de la época de las dictaduras militares, como factores de credibilidad del gobierno. En cuanto al ámbito internacional, dos aspectos claves, no romper con los organismos financieros, aunque defendiendo posiciones más razonables para manejar la crisis económica y cumplir con el pago de los adeudos y el paso a una relación más equilibrada con Estados Unidos.

América Latina, sus funciones dentro de la política exterior de Estados Unidos.

Una de las interrogantes que más pudo haber acompañado los diferentes procesos políticos ocurridos en la región, está relacionada con las posibles reacciones de Estados Unidos frente a los cambios ocurridos. Lo cierto es que, más allá de los niveles de aceptación o inconformidad que hayan generado estos cambios en Washington, no podían evitarlos y mucho menos, acudir al empleo de mecanismos e instrumentos de

dominación tradicionales, porque las condiciones históricas existentes llevarían a una confrontación de incalculables consecuencias. Pero hay otra lectura, que para algunos es utilizada como argumento principal: América Latina no es una prioridad para la actual política exterior de Estados Unidos.

Son muchas las aproximaciones para formularlo, pero la esencia es cómo se vende la imagen de una América Latina que sólo importa a Estados Unidos, en tanto haga peligrar, realmente, la histórica relación de dominación-dependencia impuesta desde el siglo pasado. En un artículo dedicado al tema, Atilio Borón hace alusión a la conocida tesis de la “irrelevancia de América Latina, alentada tradicionalmente por Washington, tal como antes lo hiciera la Inglaterra victoriana respecto de India. En ambos casos se entiende muy fácilmente la lógica que preside ese razonamiento: convencer al otro de su insignificancia y de su inferioridad otorga al dominador una ventaja prácticamente decisiva en cualquier controversia..” (10)

Más adelante continúa el autor: “..., lo grave no es que tesis como ésta la expresen voceros de Washington; lo realmente lastimoso y deplorable es que la misma sea tenida como válida por supuestos expertos en asuntos internacionales y por gobernantes resignados y claudicantes de nuestros países...” (11)

A partir de las reflexiones de Borón, ya se puede colocar un primer elemento de juicio, cuando se busca entender las reacciones de la Administración Bush ante los cambios socio-políticos que han venido produciéndose en la región. ¿Percibe Estados Unidos que se ha fracturado en alguna medida su sistema de dominación hemisférica? ¿Por qué no ha reaccionado como podía esperarse, según la larga historia de reacciones violentas contra nuestros países? ¿Cual parece ser la interpretación real de Estados Unidos sobre la evolución de los acontecimientos en América Latina? Avancemos con algunas respuestas.

Este tema de la poca importancia, indiferencia o falta de prioridad de América Latina para Estados Unidos, ha sido siempre un recurso de manipulación en muy diversos sentidos. Para Juan Gabriel Tokatlián, esa relación de “dominación-dependencia”, se basa en la enorme asimetría de poder “como condición sistémica primordial que estimula el imperialismo y su despliegue” (12) Pero este factor, real e innegable, sólo expresa una dimensión del problema. De la temprana historia de Estados Unidos como

nación, se extraen numerosos argumentos que sedimentaron las bases de las primeras “construcciones ideológicas” de Estados Unidos sobre América Latina. Mucho antes de la proclamación de la Doctrina Monroe (1823), Alexander Hamilton en algunos de sus escritos que pasaron a formar parte de las páginas de El Federalista, colocó un concepto geopolítico que ha pasado a ser un presupuesto central para cualquier agenda de relaciones con sus vecinos del Sur, el considerar a la entonces Hispanoamérica y los países del Caribe no como la simple frontera sur sino como la extensión, al sur, del Sistema Americano (13). Es precisamente ese atributo, que se fue imponiendo tras un largo proceso histórico de construcción de la hegemonía, lo que explica la determinación de al menos tres funciones permanentes para América Latina en la política exterior de Estados Unidos. La primera, vulgarmente atrapada bajo el despectivo término “traspatio”, realmente esconde el carácter inclusivo de la región en la proyección de Estados Unidos como potencia internacional primero, y posteriormente mundial. Siendo parte del Sistema Americano, somos parte de la proyección global de la política exterior de Estados Unidos; y veámoslo con un solo ejemplo de los tantos que se pueden señalar. El proyecto de Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), fue la respuesta de Estados Unidos ante la Europa Unida del '92 y las dinámicas de bloques económico-comerciales en Asia y el Pacífico. El tema tuvo tanta prioridad que lo presentó un Presidente republicano, Bush Padre, pero lo defendió ante el Congreso y logró su aprobación un demócrata, William Clinton; porque lo que se estaba defendiendo eran intereses estratégicos vitales para la nación. Primero, asumiendo los desafíos de incluir a México en el proyecto y después con la propuesta del ALCA, ¿era o no la región importante para los intereses económico-comerciales de Estados Unidos?

Una segunda función, tiene que ver con el “Destino Manifiesto” que le ha correspondido a nuestra región, en tanto ejemplo de objetos de un sistema de dominación sobre un área geográfica determinada. Si Estados Unidos no es capaz de controlar sus problemas en casa, cómo va a convencer a otros de su liderazgo. Las políticas de Reagan hacia la Cuenca del Caribe, durante los años '80s del siglo pasado, incluída la intervención militar en Granada, la Guerra de Baja Intensidad en Centroamérica y las políticas contra Cuba, todas inmersas en el contexto de la

estrategia global para acabar con la URSS y el campo socialista, ejemplifican lo afirmado.

La tercera función a mencionar está muy entrelazada con las anteriores, por haber sido utilizada en numerosas ocasiones América Latina y El Caribe, como un laboratorio para el ensayo de nuevas políticas: militares, diplomáticas, económicas, culturales, por sólo mencionar algunas. Este es un tema con mucha historia. En cuantas ocasiones el sur no ha puesto su territorio, su población y su medioambiente para ser contaminado por numerosas empresas estadounidenses. Pero hay un tema muy actual que nos hace recordar esa función, el tratamiento genocida y brutal de sus aliados, los dictadores militares, para extirpar mediante torturas inenarrables, asesinatos y chantajes a miembros de diferentes movimientos revolucionarios, sobre todo, durante los años '60s y '70s del siglo pasado en el Cono Sur; o durante los 80's en Centroamérica. ¿Cuántos de esos mismos expertos de la CIA que asesoraron a esos genocidas no son los asesores o los autores de los libretos seguidos por los torturadores de Abu Ghraib, Guantánamo y el resto de las prisiones secretas estadounidenses?

Lo que hay que distinguir es que América Latina tiene una importancia permanente para la política exterior de Estados Unidos; aunque, puede ser o no una prioridad en una coyuntura determinada. "En suma -afirma José Miguel Insulza-, no es equivocado decir que América Latina y El Caribe no está dentro de las prioridades principales de la política exterior de la Administración Bush. Pero es un error sostener a priori que ello implique una pérdida de importancia o incluso que esa posición menos saliente tenga un efecto negativo en las relaciones de nuestros países con Estados Unidos." (14)

Es cierto que en numerosas ocasiones y hoy es así, América Latina no aparece como región entre las prioridades definidas en la política exterior estadounidense. Tampoco por países, como lo demuestra una lista de prioridades que describe Insulza: Iraq, Afganistán,, Corea del Norte, Irán, Palestina e Israel, China y Taiwán, Rusia y Sudán Occidental (Darfur).(15) No aparece ningún país latinoamericano. Sin embargo, Laura Carlsen considera que, "con todos los ojos puestos en el Medio Oriente, la región seguirá siendo una arena para intervenciones en crisis ad hoc, con Cuba y Colombia como puntos focales opuestos. (16)

Tal afirmación de la autora se basa en criterios muy objetivos. Cuba, que durante toda la Guerra Fría fue considerada una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos, debido a su activa presencia internacional, en particular en el llamado Tercer Mundo y su estratégica alianza con el URSS; pasó a ser etiquetada como un tema “doméstico” a partir de la pos-Guerra Fría. Perdidas sus alianzas estratégicas y a la espera de una caída “efecto dominó”, que no ocurrió, se pierde de vista, sin embargo, el activismo y la influencia del lobby cubano-americano, en particular y directamente sobre la Casa Blanca, al margen de la propia atención particular del ejecutivo estadounidense por la isla. Entonces no es una prioridad medida en los términos convencionales, pero es un caso pendiente bajo una atención permanente. Una “deuda” con la racionalidad histórica del sistema de dominación hemisférico, más que con lo que puedan creerse en la Florida; todo ello bajo el juego que hoy también tratan de aplicar a Venezuela de “mirar hacia el sur sin pensar en ti”. Un juego extremadamente peligroso para el que se lo crea.

Colombia, por su parte, es el tercer receptor de asistencia militar proveniente de Estados Unidos, después de Israel y Egipto y representa el único reducto creíble de confrontación armada en el hemisferio. Su ubicación en el Area Andina, vecina de procesos políticos tan importantes como los de Venezuela, Bolivia y Ecuador, reafirma la importancia estratégica sub-regional, que la llevó a ser objeto del “Plan Colombia” y sus siguientes. Además, Colombia es hoy, por razones muy particulares, incluido el enorme apoyo estadounidense, uno de los pocos modelos de derecha vencedores en las urnas. Ya con éstas razones, pueden encontrarse los argumentos para una posible reacción de Estados Unidos tomando como eje a ese país. (17)

Como nos recuerda Laura Carlsen, con la segunda administración Bush, durante una audiencia ante el Comité de Relaciones Exteriores del senado estadounidense, la Secretaria del Departamento de Estado, Condoleezza Rice reafirmó las posiciones asumidas durante el primer período de gobierno, reiterando “su ofensiva contra Cuba y criticó severamente a la Venezuela de Hugo Chávez. Brasil fue citada como un socio crítico, México fue visto como un actor clave para fortalecer la competitividad global del bloque del TLCAN, los países andinos calificados de región vital con mucho potencial y el gobierno colombiano de Uribe alabado como un modelo de cooperación exitosa.” (18)

Ahora bien, teniendo en consideración que siempre están presentes un conjunto de argumentos, susceptibles de ser activados en el discurso político oficial, la conclusión a extraer es que América Latina y El Caribe se ha mantenido siempre en una constante oscilación para la política exterior estadounidense, entre percepciones de normalidad y de crisis; estableciéndose una clara distinción entre una y otra. Porque, como bien afirma Insulza, “cuando un país o una situación son mirados como prioridad, existe una atención mayor de las autoridades, pero al mismo tiempo esa atención se da bajo el prisma de la crisis”. (19)

Por tanto, hay que estar muy atento a las percepciones sobre crisis en las instancias de Washington decisorias sobre la región, que no están inactivas ni mucho menos. Tras los lamentables acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, se realizaron conocidos esfuerzos por identificar aquellas áreas o países que debían ser ubicados dentro del esquema global de lucha contra el terrorismo. El primer problema a enfrentar fue la ausencia casi absoluta de conflictos armados creíbles en el hemisferio,

Salvo el caso de Colombia. El segundo fue que aunque los guerrilleros colombianos y cualquier otra insurgencia creíble recibieran el calificativo de terroristas, a los efectos prácticos esto no dejó de ser parte del discurso político tradicional; por lo que no existiendo ninguna organización ubicada dentro del concepto de “terrorista de alcance global”, como Al Qaeda, el tema no trascendió con seriedad el nivel de las especulaciones.

No obstante, se realizaron investigaciones sobre todo, en torno al área de la llamada Triple Frontera -Argentina, Brasil y Paraguay-, históricamente conocida como punto de contrabando de mercancías y otras operaciones ilegales. En un informe dado a conocer por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, se reconocía que el gobierno de ese país no había logrado información fidedigna que confirmara la presencia organizada de Al Qaeda en la Triple Frontera; así como negaba la existencia de planes operativos terroristas en la región. Lo único que se ha podido comprobar es la existencia de personas que recaudan fondos para Hamas y Hezbollah, organizaciones a las que no se les conocen vínculos con Al Qaeda; además de que no operan fuera del Medio Oriente. (20)

A manera de conclusión de este análisis, alcanza toda su validez la afirmación de Isabel Jaramillo sobre la observancia de dos niveles en la política exterior de la segunda Administración Bush hacia América Latina; uno, enmarcado en la estrategia general del país y el otro, relacionado con lo que la autora denomina intereses inmediatos y coyunturales –políticos, económicos o comerciales.(21) Bajo ésta lógica, que legitima lo argumentado en torno al real papel y lugar que ocupa América Latina en la política exterior de Estados Unidos, quedan amparadas toda una serie de decisiones políticas importantes como el rediseño de la presencia militar estadounidense en la región – bases militares, programas de asistencia, entre otros-; el privilegio del bilateralismo; y el tratamiento especial a un conjunto de países claves para el mantenimiento del sistema de dominación hemisférica estadounidense.

-Entre las autonomías y las turbulencias periféricas.

Cuando Roberto Russell comenta sobre el error de algunos analistas al considerar irrelevante a América Latina, uno de los argumentos que coloca –citando a Abraham Lowenthal- es la dimensión estratégica que tiene la llamada Cuenca del Caribe para Estados Unidos. Recupera Russell:

“...¿Cómo aplicar la tesis de la irrelevancia a la sub-región que incluye a México, América Central y El Caribe, cuya integración funcional a EEUU no hará más que incrementarse en los próximos años? Esta área, que representa sólo un tercio de la población total de América Latina y el Caribe, concentra casi la mitad de la inversión estadounidense en la región, representa más del 70% del comercio interamericano, casi el 60% de la presencia bancaria estadounidense en América Latina y alrededor del 85% de la inmigración latinoamericana en Estados Unidos”. (22)

Lowenthal amplía el criterio planteando que la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (1990), el TLCAN (1994) y el TLCCA-RD (2005), “están reforzando esquemas claramente distintos. En este contexto, la Cuenca del Caribe y el Cono sur se mueven en sentidos opuestos en relación con EEUU, mientras que los países andinos también siguen un camino diferente...” (23) y no olvidemos como parte de este reforzamiento del control y sus mecanismos sobre el área a la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN), oficializada en marzo de 2005 por los Presidentes de Estados Unidos, Canadá y México, como un proyecto destinado a reforzar los

compromisos de los socios dentro del TLCAN, a partir de los intereses prioritarios de Estados Unidos pos 11 de septiembre. El complemento del ASPA sería el propagandizado Plan Puebla Panamá, (PPP), con lo cual el perímetro estratégico estadounidense en la Cuenca del Caribe, quedaría dotado de suficientes mecanismos de control y protección frente a otras iniciativas que no los contemplen. (24)

Aquí ya se coloca este debate, comparando dos áreas muy bien delimitadas históricamente en las relaciones interamericanas. La Primera, siempre bajo los mayores niveles de control y sujeción por parte de Estados Unidos; la segunda –vista como Sudamérica en su totalidad-, marcada tal vez por la socorrida percepción de ser un área marginada de los principales temas de la geopolítica internacional (24), en momentos en que la fisonomía socio-política sudamericana se presenta más cambiante y desafiante a la luz de los intereses estadounidenses.

Cabe apuntar, no obstante, la diferente naturaleza de las preocupaciones estadounidenses, que perciben amenazas derivadas de situaciones fuera de control provenientes del Area Andina y no así, de los países del Cono Sur. Como bien destacan Bonilla y Páez, “el arco andino sigue siendo la región latinoamericana con mayores niveles potenciales de conflicto, en términos estratégicos para Washington”. (25) Esto es debido a que, a pesar de la dimensión particular que otorga Estados Unidos al tema colombiano, ninguno de los países andinos escapa a una percepción, si no de crisis, al menos de inestabilidad. Sin embargo, el Area Andina, como bien lo reflejan las estadísticas, no ha sido una de las más favorecidas por las relaciones con Estados Unidos. Según los autores mencionados: “Los intereses de las sociedades andinas y de sus Estados tienen muy poco impacto en las decisiones de Estados Unidos. Actualmente, la región andina cuenta con menos del 13% del PIB latinoamericano, mientras que su población es el 22% ; recibe menos del 10% de las inversiones estadounidenses y expresa menos de 13% del intercambio comercial con Estados Unidos al sur del Río Grande”. (26)

La naturaleza de las preocupaciones de Estados Unidos sobre los países del Cono Sur – que serían los del MERCOSUR a los efectos del análisis-, es de otra índole. Existe un diferendo generado por las dispares posiciones con respecto a temas medulares contemplados en la propuesta estadounidense del ALCA; sobre todo lo

referido a subsidios agrícolas, patentes, textiles y determinadas tecnologías “de punta”. Encabezando esas posiciones divergentes han estado Brasil, Argentina y Venezuela, con sus aspiración de ser miembro pleno del MERCOSUR. Como se recordará el momento de mayor fricción entre ambas partes ocurrió durante la IV Cumbre de las Américas desarrollada en Mar del Plata, Argentina en noviembre de 2005. De ese encuentro hay que recordar, primero, el importante consenso político anti-ALCA que se hizo evidente; segundo, la generalizada percepción de fracaso que acompañó al proyecto ALCA – al menos en su diseño original- pos Cumbre de Mar del Plata; y tercero, que a raíz de los acontecimientos ocurridos, Estados Unidos pasó a reformular su estrategia de libre comercio, dejando a un lado su proyecto multilateral y pasando a privilegiar los TLCs, a partir de negociaciones bilaterales. Sobre este último recurso y sus consecuencias para América Latina nos comenta James Petras:

“Estados Unidos ha establecido acuerdos bilaterales de libre comercio con Perú, Colombia, América Central, México, Chile, Uruguay y la mayoría de los Estados del Caribe. Lo que es significativo respecto a estos acuerdos es que Washington no tuvo que hacer concesión alguna en su sector de exportaciones agrícolas fuertemente subvencionado ni tuvo que levantar sus cuotas a más de 200 productos. Por otra parte, Washington obtuvo entrada libre en los sectores financieros, de servicios, alta tecnología, sanidad, educación y mediático de sus homólogos. En una palabra, los acuerdos comerciales bilaterales fueron enormemente asimétricos y beneficiosos para las multinacionales estadounidenses y los productores nacionales no competitivos.” (27)

Sin embargo, el momento posterior a Mar del Plata no ha sido todo lo halagüeño que esperaban los países miembros de la CAN y el MERCOSUR en lo que a esfuerzos viables de integración; ya no sólo pensando en sus propios esquemas sub-regionales, sino en otras iniciativas supranacionales como el ALBA y la hoy denominada Unión Sudamericana de Naciones. La gravedad de los problemas se hace notar cuando revisamos las siguientes reflexiones de Wolf Grabendorft, que siendo anteriores en el tiempo ofrecen un diagnóstico que no ha perdido su vigencia, en tanto los problemas que coloca, en esencia no han sido superados. Según Grabendorft:

“...Pese a los esquemas emprendidos con sus limitaciones y éxitos, no existe en la región sino de manera embrionaria una noción unificadora que pueda brindar identidad

política. Hay procesos de integración bien diferenciados, y una desigual preparación de los actores internos y externos. A ello se agrega las aspiraciones de liderazgo de algunos países y la proyección estratégica de los esquemas estadounidenses.” (28)

Como ya se afirmó, ésta realidad ha cambiado muy poco o nada hasta el presente. Los problemas al interior tanto de la CAN como de MERCOSUR son evidentes y sin soluciones a corto plazo; lo cual tiene serias implicaciones sobre todo proyecto sudamericano de integración. Una revisión interna de la CAN nos dice que la salida de Venezuela y su incorporación plena al MERCOSUR, a mediados del 2006, es solo uno de tantos otros problemas. Se suman los desafíos que enfrentan para llevar adelante sus programas de gobierno tanto Evo Morales en Bolivia, como Rafael Correa en Ecuador, ambos cercanos a los planteamientos políticos de Chávez, incluido lo referido al ALBA; Perú, con el segundo mandato de Alan García, tratando de intercambiar más recetas neoliberales por oxígeno económico estadounidense, por lo que ya enfrenta las primeras reacciones sociales; y Colombia, manteniendo su alianza estratégica con Estados Unidos, pero manejando determinados intereses geo-estratégicos con Venezuela y sus vecinos.

En particular sobre el MERCOSUR, como bien se decía, los problemas tienen orígenes históricos y emergen desde el interior de sus países, tanto por su racionalidad política como por sus visiones externas. Brasil y Argentina han sido los tradicionales rivales; aunque las pretensiones de liderazgo regional de Brasil han sido una constante. La profunda crisis socio-económica y política que estalló a finales del 2001, llevó a Argentina a una inmersión profunda en sus problemas domésticos, Mientras Kirchner desarrollaba una política exterior basada en la negociación con los organismos internacionales, la búsqueda de nuevos socios comerciales y la concertación política.

Cualquier aproximación al MERCOSUR nos dice de la división interna en al menos dos segmentos de países, en términos económicos, marcados por profundas asimetrías. Este es un problema que se ha agudizado y el diferendo argentino-uruguayo por las “papeleras”, o el propio debate que envuelve al gobierno de Tabaré Vázquez en torno a la firma o no de un TLC con Estados Unidos, son expresiones de la inconformidad de los pequeños estados miembros con el rumbo de los acontecimientos

y la incapacidad demostrada hasta ahora por los “líderes” del grupo para encontrar alternativas que los incluyan a todos.

La inclusión de Venezuela como miembro pleno del MERCOSUR, pendiente de ratificación por los Congresos de Brasil y Paraguay, vino a colocar un componente político, con nuevos desarrollos al interior del esquema. De hecho ha ocurrido una concertación estratégica entre Argentina y Venezuela, a partir de proyectos energéticos y financieros, principalmente, lo cual generó lógicas preocupaciones en Brasilia y Washington. Quizás en el climax de esas preocupaciones estuvo Mar del Plata, pero a pesar de algunos comentarios oficiales e incluso de ser calificado por algunos como “populista”, con la intención de identificarlo con las críticas que dedican a Chávez, en la práctica, se evidenció que el Presidente argentino lo que ha pretendido es un replanteamiento de la política exterior de su país, suprimiendo la anterior sumisión de la era Menem, por la construcción o mejor decir reconstrucción de otra, que al decir de Tokatlián, buscando determinar los alcances y límites reales del país, se precisa “una opción estratégica innovadora para Argentina, o postergar, bajo la lógica del disenso paralizante, la definición de la misma. En últimas, se trata de saber si todavía hay un espacio elemental de control de nuestro destino interno y externo. (29)

En la medida en que el ALBA se ha ido consolidando y avanzando en sus diferentes proyectos energéticos, financieros, educacionales y de salud, entre otros; y el Presidente Chávez ha asumido un mayor protagonismo regional, la oposición de Estados Unidos a ese liderazgo se ha hecho convergente con las históricas pretensiones brasileñas de liderazgo sudamericano, que en la actualidad, se ven alimentadas por otras aspiraciones a nivel de la Organización Mundial de Comercio (OMC), con el G-20 y la pretensión de un escaño permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, para lo cual Brasil trabaja incansablemente. Sería poco objetivo hablar de una subordinación automática de Brasil a Estados Unidos. Esa lógica política quedó bien atrás en el tiempo, cuando la sustituyó el Presidente Ernesto Geisel en los años 70’s, del siglo pasado, por un llamado pragmatismo ecuménico y responsable, que hoy disfruta de plena madurez. Lo que sí ha ocurrido es lo que Mónica Hirst ha denominado como el inicio de una “etapa afirmativa de diálogo con Estados Unidos”, descrita por la investigadora brasileña en los siguientes términos:

“...Así Brasil se mostró dispuesto a ampliar sus responsabilidades internacionales, estimuló nuevas coaliciones con potencias regionales, asumió un fuerte protagonismo en las negociaciones comerciales globales –comandó la creación del Grupo de los 20 [G-20], reafirmó sus aspiraciones para obtener altos cargos en la burocracia internacional y otorgó una máxima prioridad a su candidatura para un lugar permanente en una eventual ampliación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.” (30)

Según Hirst, esa nueva relación con Estados Unidos, se ha construido al asumir Brasil “nuevas responsabilidades en situaciones de riesgo institucional”, concepto que acoge las gestiones mediadoras en situaciones internas en Venezuela, Bolivia y Ecuador, en diferentes momentos; así como la creación del Grupo de Amigos de Venezuela, en el 2003 o el envío de militares brasileños a Haití, como parte de las fuerzas internacionales encargadas de garantizar la paz.

En cuanto a Chávez, que ha pasado a ser el gran antagonista de Estados Unidos en la región, incluso antes de ocurrir la enfermedad del Presidente cubano Fidel Castro, el gran antagonista histórico, no ha sido nunca favorecido por lo medios políticos estadounidenses. Muchas pueden ser las razones. Una puede ser, la ruptura del sistema político tradicional venezolano, colocando en la oposición a los sectores políticos y empresariales aliados históricos de Estados Unidos. Otra, la de generar un clima de inseguridad y percepciones de amenazas en Estados Unidos por los cambios asumidos con PDVSA y la industria petrolera. Mientras que la tercera estaría girando en torno a los principales contenidos del liderazgo venezolano, con el rescate del nacionalismo bolivariano, una visión anti-imperialista de los problemas socio-económicos acumulados en la región; y una redefinición de amigos y aliados sobre la base de sus proyecciones frente al sistema de dominación imperante, lo que facilitó una concertación estratégica entre Venezuela y Cuba.

-ALGUNOS APUNTES FINALES PARA UN DEBATE ABIERTO.

Los procesos electorales que han tenido lugar en América Latina, como una primera oleada escalonada de los que ocurrirán en el actual año y los siguientes, se soportan en sentido general, sobre terrenos movedizos, al interior de sus países, que deben ser fortalecidos, so pena de llevar al fracaso a no pocos de los nuevos gobiernos. La

región, por su parte, observa expectante cómo la fragmentación está sustituyendo a los diferentes proyectos de integración, como resultado de las confrontantes dinámicas geo-políticas y geo-económicas que pugnan por consolidarse.

No resulta nada novedoso hablar de los grandes obstáculos que históricamente han abortado procesos de integración regional en América Latina y El Caribe. No obstante, y aunque parezca recurrente, se viven momentos definitorios para continuar o no aspirando a alcanzar un proyecto de esa naturaleza. Desde la perspectiva de Estados Unidos, no estamos como región entre sus prioridades políticas globales. Sin embargo, los rumbos que debió tomar el proyecto ALCA, replanteando sus márgenes en su más estricta área de seguridad en nuestro Sur; y el favorecimiento de los tratamientos bilaterales –factor consciente del ejercicio de su enorme asimetría de poder- para alcanzar acuerdos de libre comercio, abren espacios e incógnitas para pensar seriamente en una integración latinoamericana y caribeña. El camino para alcanzar tan histórica meta pasa por la definición de una agenda política mínima, que tenga como propósito central la construcción de una voluntad política colectiva que permita la concertación de los intereses de nuestros países. Una lectura del actual escenario regional nos lleva a pensar que el área que más puede avanzar hoy por el camino de la integración es América del Sur, pero trabajando muy fuertemente, con la voluntad política que se demanda para gestar la concertación y los consensos necesarios.

Como afirmó en alguna ocasión Helio Jaguaribe: “para Estados Unidos, su zona de seguridad doméstica termina en Panamá; hacia el sur, son tolerables las autonomías periféricas.” Si es esto cierto, hay que aprovecharlo y maximizar las oportunidades. No obstante, no se olvide que Estados Unidos presta una “desenfadada” atención a Colombia, Brasil, Chile y Argentina en el Sur de nuestro Sur y en el manejo de las relaciones con estos países y México, se canalizan sus intereses geo-estratégicos en la región.

Sin conceder méritos innecesarios, no puede desestimarse que una Cuenca del Caribe bajo control estadounidense, unido a un adecuado manejo de las alianzas estratégicas, y trabajando constantemente para profundizar las divisiones y desuniones en el Sur, le concede a Estados Unidos determinadas ventajas en su perenne lucha por impedir el surgimiento y desarrollo de proyectos políticos alternativos al sistema de

dominación imperante. De ahí que los desafíos para Cuba, Venezuela, Bolivia y eventualmente Nicaragua y Ecuador sean enormes; y la defensa del ALBA como la alternativa al ALCA, al neoliberalismo y al imperialismo estadounidense sea un compromiso vital para sus miembros y todos aquellos otros países que comprendan su real significación.

Los desafíos son enormes, porque ese proceso de integración por el que se aboga, en principio en América del Sur, dadas las relativas mayores condiciones que tiene para intentarlo, no se puede proyectar sobre una abstracción, sino sobre sociedades que están sufriendo profundos cambios y que en muchos casos no alcanzan aún la suficiente claridad sobre las metas que deben y pueden alcanzar. Sólo con un conocimiento objetivo de la realidad en que vivimos; una claridad en cuanto a alcanzar una maximización de los márgenes de maniobra; y un tratamiento multidimensional de los problemas, es que se puede defender la integración, o tal vez decir, evitar la sepultura definitiva de la integración regional.

Pero estos no son los únicos desafíos que tienen por delante las sociedades latinoamericanas. Muchas son las lecturas extraídas de la “oleada electoral” 2005-2006. Tal vez entre sus mayores virtudes tenga el habernos facilitado una visión más realista del actual panorama político regional. Ha sido beneficioso tomar distancia para interpretar sin euforias, fríamente, los procesos socio-políticos que han tenido lugar. Es cierto que ha ocurrido un corrimiento de las tendencias predominantes en la derecha, de posiciones más extremas a otras centristas. Pero la izquierda también ha hecho lo suyo y la moderación se ha convertido en el “agente químico” que ha neutralizado procesos que se esperaban mucho más radicales; dejando desconcierto e insatisfacción en muchos sectores desposeídos. No quiere esto decir que el balance general sea negativo, pero no fue todo lo positivo que se vislumbró.

Por supuesto, se está gestando la próxima “oleada electoral” –2008-2010-, con algunos episodios importantes como antecedentes. Y muchas son las interrogantes que reclaman respuestas. ¿Podrá mantener sus disfraces el neoliberalismo? ¿Hasta cuando resistirá la cuerda de la mediatización a las demandas sociales? ¿Se consolidará el liderazgo moderado como opción regional y de Estados Unidos? ¿Tendremos un próximo emperador demócrata o republicano? ¿Resistirán y se consolidarán los

procesos políticos alternativos y el ALBA? Por fortuna, ésta es una historia que recién comienza y le queda mucho camino por andar; y las lecciones bien aprendidas siempre dan buenos resultados.

CITAS Y NOTAS REFERATIVAS.

(3) Véase: Roberto Regalado Alvarez, “Cuando, cómo y por qué surge el Foro de Sao Paulo”, En: Contexto Latinoamericano, Revista de Análisis Político, no.1/septiembre-diciembre de 2006, Colombia, pp.163-178.

(4) Véase: Carlos Eduardo Lins, “La Casa Blanca y Planalto: respeto y solidaridad”, De Foreign Affairs En Español, enero-marzo 2005, <http://www.foreignaffairs-esp.org>, p1

(5) Véase: Carlos M. Vilas, “Pobreza, desigualdad y sustentabilidad democrática: el corto ciclo de la crisis argentina”, En: Revista Mexicana de Sociología, año 67, no.2, abril-junio, 2005, pp.264-265.

(6) Véase: Raúl Zibechi, En La Jornada, México DF, 7 de octubre de 2005.

(7) Véase: Miguel Mazzeo, Piqueteros: Notas para una tipología, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Manuel Suárez Editor, Buenos Aires, 2004.

(8) Véase: Alexis Ponce, “Simultaneidad regional del proceso latinoamericano, bloque de integración continental y rebelión forajida en Ecuador”, Ponencia presentada en el Seminario Regional América Latina hoy: la reconfiguración socio-política regional y las posibles reacciones de Estados Unidos, organizado por la AUNA-Cuba, los días 9 y 10 de junio de 2005.

(9) Véase: Sergio Guerra Vilaboy, Breve Historia de América Latina, Editorial de Ciencias sociales, Ciudad de La Habana, , 2006, pp.191-205; y Osvaldo Martínez, “El neoliberalismo en su laberinto”, En: Economía Mundial: Los últimos 20 años”, Editorial de Ciencias Sociales, 2002, pp. 26-28.

(10) Véase: Atilio Borón, “La mentira como principio de política exterior de Estados Unidos hacia América Latina”, De Foreign Affairs En Español, enero-marzo 2006, <http://www.foreignaffairs-esp.org>, p.1

(11) Ibid.

(12) Véase: Juan Gabriel Tokatlián, “Las relaciones Estados Unidos- América Latina: la sombra del proconsulado”, En: Cartografías del poder. Hegemonía y respuestas, Anuario, CIP 2005, CIP-Icaria, Barcelona, 2005,
<http://www.cipresearch.fuhem.es/pazyseguridad/docs/relaciones%20EEUU-America%20Latina.pdf>.

(13) Véase: A. Hamilton, J. Madison y J. Jay, El Federalista, Fondo de Cultura Económica, México DF, Quinta Reimpresión, 1994, pp.41-49.

(14) José Miguel Insulza, “ La cooperación hemisférica en la segunda administración Bush”, En: Foreign Affairs, De Español, Enero-Marzo 2005,
<http://www.foreignaffairs-esp.org>, p.1

(15) Ibidem.

(16) Véase: Laura Carlsen, El segundo gobierno de Bush en América Latina; Más de lo mismo”, En: Pensamiento Crítico, 16 de febrero de 2005, Americas Program, Interhemispheric Resource Center (IRC), www.americaspolicy.org, p.1

(17) Véase: Jaime Caicedo, Nixon Padilla y Gabriel Becerra, “Avances y desafíos de la unidad: experiencias electorales en Colombia”, En: Contexto Latinoamericano, op.cit., pp.54-67.

(18) Laura Carlsen, op.cit, p.2.

(19) José Miguel Insulza, op.cit.p.1.

(20) Véase: Farid Kahhat, “América Latina, Medio Oriente y Estados Unidos”, De Foreign Affairs En Español, Octubre-Diciembre 2006,
<http://www.foreignaffairs-esp.org>, p.1

(21) Véase: Isabel Jaramillo, Edwards, “La política exterior de la administración GW Bush y los referentes históricos” En: Cuba Socialista. Revista Teórica y Política Editada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 2006,
<http://www.cubasocialista.cu/texto/cs0220.htm>, p.4

(22) Véase: Roberto Russell, América Latina para Estados Unidos: ¿especial, desdeñable, codiciada o perdida?, En: Revista Nueva Sociedad, 206, noviembre-diciembre 2006, Buenos Aires, ISSN: 0251-3552,www.nuso.org, p.55.

(23) Abraham F. Lowenthal, "De la hegemonía regional a las relaciones bilaterales complejas: Estados Unidos y América Latina a principios del siglo XXI.", En: Nueva Sociedad, 206, op.cit. p.71.

(24) Véase: Jaime Preciado y Jorge Hernández, "2005: ASPAN y la nueva agenda de la integración norteamericana siguen dejando fuera a la migración", En Anuario de integración latinoamericana y caribeña. REDIALC-UNESP-CEA, Laboratorio Editorial UNESP-Araraquara, 2006, p. 106.

(25) Véase: Javier Perotti, La globalización y la regionalización de la seguridad internacional. América Latina frente a los debates y dinámicas de los nuevos desafíos y complejidades de la realidad mundial, Centro Argentino de Estudios Internacionales, Programa Defensa y Seguridad, www.caei.com.ar, 2005.

(26) Véase: Adrián Bonilla y Alexei Páez, "Estados Unidos y la región andina: distancia y diversidad", En: Nueva Sociedad, 206, op.cit., p.128.

(27) Véase: James Petras, "Las relaciones entre Estados Unidos y América Latina: rupturas, reacción y la ilusión del tiempo pasado", En: Rebelión, 14-11-2006, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=41202>, pp.1-2

(28) Ibid, p.138.

(29) Véase: Juan Gabriel Tokatlán, "Kirchner y la política exterior: entre Ibn Khaldun y Stephen Walt", En: Revista Debate, no. 13, noviembre de 2005, www.escenariosalternativos.org.

(30) Véase: Mónica Hirst; "Los desafíos de la política sudamericana de Brasil", En: Nueva Sociedad, No. 205, septiembre-octubre de 2006, SIN 0251-3552, www.nuso.org, p. 132-133.